

David Hume: moralidad, libertad y voluntad en medio de la necesidad

Pablo Ezequiel Sachis

eze_sachis@hotmail.com

Universidad Nacional de Córdoba (UNC)

Resumen:

En el desarrollo que despliega Hume sobre la moral es fundamental la subordinación de la razón a las pasiones, inversión del corriente intelectualismo. Estas pasiones, junto con las sensaciones de placer y de dolor, determinarán el obrar del ser humano. Se aprueba aquello que provoca placer y se censura aquello que produce dolor y malestar. De manera tal que hallamos variadas controversias en los planteos morales de Hume, entre las cuales percibimos la adhesión tenaz y explícita a una doctrina de la necesidad, oponiéndose a teorías que postulan un “libre albedrío” metafísico y moral. Doctrina de la necesidad que se extenderá desde el mundo natural y físico al social y moral. Nos proponemos indagar de qué manera Hume conjuga esta doctrina de la necesidad con una voluntad *determinada* por las pasiones y por las sensaciones de dolor y de placer. Si es cierto que, como afirma Hume, la *unión* entre motivos y acciones tiene la misma constancia que en cualquier operación de la naturaleza y que la voluntad no surge en medio del azar y en tanto producto del libre albedrío sino de la necesidad, ¿qué papel cumple la voluntad en medio del imperio de una necesidad absoluta? ¿De qué manera la doctrina de la necesidad afecta a los asuntos humanos y parecería no dejar lugar a la voluntad? ¿Se puede concebir libertad en medio de toda esta necesidad física, histórica y social? ¿No será que el ser humano es un mero engranaje del universo físico, de la historia misma? ¿Hay espacio para la existencia de un “deber ser”, para una moralidad normativa que señale los principios del actuar correctamente?

Palabras claves: Hume, moralidad, pasiones, libertad, necesidad

Todo el mundo admite que hay gran uniformidad entre las acciones de los hombres en todas las épocas y países, y que la naturaleza humana permanece igual en todos sus principios y operaciones. Los mismos motivos producen siempre las mismas acciones. Los mismos efectos se siguen de las mismas causas.

~ David Hume

Introducción

David Hume, pensador que nació en Edimburgo en el año 1711, se dedicó a la investigación de diversos temas filosóficos, históricos, políticos, literarios y hasta religiosos (o para expresarlo mejor, planteos históricos y críticos de la religión y del dogmatismo). A grandes rasgos, lo que pretendía el escocés era una comprensión de la naturaleza humana, para lo cual elabora “un sistema completo de las ciencias, edificado sobre un fundamento casi enteramente nuevo, y el único sobre el que las ciencias pueden basarse con seguridad”¹, tal como expresó en la “Introducción” del *Tratado de la naturaleza humana*; de manera tal que comenzando por una indagación y explicación del conocimiento al que el ser humano puede arribar mediante la experiencia, pasando por diversas críticas tenaces a la tradición metafísica, planteando la cuestión de la primacía de las pasiones por sobre la razón, Hume también se dedicaría, y de un modo no menor, al estudio de la moral. Precisamente el subtítulo del *Tratado* es designado como “Un intento de introducir el método de razonamiento experimental en las cuestiones morales”. El ámbito de la moralidad es abordada por el escocés de una manera descriptiva e histórica, o al menos esa sensación provoca una primera lectura panorámica. De todos modos, hay diversos planteos del empirista escocés que son objeto de discusión, muchos de los cuales han sido tenidos en cuenta, estudiados y debatido a lo largo del siglo XX. Precisamente el espacio que le dedicó Hume a la moralidad, al tratamiento de las pasiones y su consiguiente relación con la moral, no escapó a las más controvertidas disputas del siglo precedente.² Sin embargo, en el presente escrito trataremos de dedicarnos de manera primordial a las fuentes del filósofo escocés, con el objetivo de no ingresar en disputas y desacuerdos que podrían

¹ Hume, David, *Tratado de la naturaleza humana*, Libro I “Del entendimiento”, “Introducción”, Madrid, Ed. Orbis, 1984, (traducción, introducción y notas de Félix Duque), SB XX / FD 81.

² Entre las diversas controversias y disputas, encontramos la cuestión de la manera en que determinadas proposiciones en materia de moral contienen las cópulas “es” o “no es” habiendo por debajo un “deber ser”. Este argumento conocido como la “Guillotina de Hume” fue discutido por filósofos morales del siglo XX. Por ejemplo véase: MacIntyre, A. C., “Hume on ‘Is’ and ‘Ought’”, en *The Philosophical Review*, Vol. 68, N°4, (1959); y para la consiguiente respuesta a este escrito véase: Atkinson, R. F., “Hume on ‘Is’ and ‘Ought’: a Reply to Mr. MacIntyre”, en *The Philosophical Review*, Vol. 70, N°2, (1961).

conducirnos a nuevas perspectivas y confrontaciones, muchas de las cuales sean probablemente irresolubles.

Uno de los puntos problemáticos en la perspectiva filosófica y moral de Hume es su adhesión explícita a una doctrina de la necesidad, la cual reina tanto en el ámbito estrictamente natural y físico como en el de los asuntos humanos. Quizá no habría tanto conflicto si la necesidad estuviera presente meramente en el mundo físico reglado por leyes determinadas y regulares. Pero Hume traslada esa necesidad y regularidad al espacio en el que se desenvuelve el ser humano, el ámbito estudiado por la moralidad. Y es en este ámbito de los asuntos humanos donde puede haber o no una libertad y una voluntad que le den al individuo la potestad de elegir y decidir su destino, de querer obrar bien o querer obrar mal. Las pasiones juegan un rol fundamental en la naturaleza humana y en el desencadenamiento de las acciones, se juzguen posteriormente como correctas o incorrectas.

Por motivos de extensión la estructura del presente escrito será la siguiente: en primer término, indagaremos y expresaremos, sucintamente, de qué manera las pasiones son determinantes en el comportamiento y las acciones de los hombres; en segundo lugar, desplegaremos la temática de la doctrina de la necesidad y la posibilidad o no de una libre voluntad; y, por último, veremos si se puede conciliar una perspectiva determinista, que postula una necesidad reinante tanto en el mundo físico como en el moral, con una voluntad cuyo puntapié para la acción son las pasiones.

I. Las pasiones como determinantes del accionar humano

Es ya muy célebre y difundida la frase de Hume que, en el segundo libro del *Tratado de la Naturaleza Humana*, denominado “De las pasiones” (Parte III: *De la voluntad y las pasiones directas*; Sección 3: “Motivos que influyen en la voluntad”) enuncia: “La razón es, y sólo debe ser, esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”.³ Esta aseveración es cuanto menos polémica para la época, puesto que se trata de la inversión del racionalismo y, en términos morales, del intelectualismo que había reinado durante el siglo XVII.⁴ En el

³ Hume, David, *Tratado de la naturaleza humana*, Libro II, Parte III, Sección 3, SB 415 / FD 617. En lo sucesivo utilizaremos las iniciales THN correspondiente al título original del libro, a saber, *A Treatise of Human Nature* [1739], y aclararemos el libro, el volumen, las partes, las secciones y la correspondiente paginación de la edición en inglés de Selby-Bigge [SB] y en español de Félix Duque [FD]. Por ejemplo, en el presente caso: THN, II, III, 3, SB 415 / FD 617.

⁴ El intelectualismo es una corriente de pensamiento que considera a los principios de la moral como una evidencia análoga a la matemática. Los intelectualistas defienden, a grandes rasgos, que de un

terreno de la moral, lo que está bien y lo que está mal no es cognoscible de manera análoga a las verdades de las matemáticas. No se trata de conocer mediante la investigación aquello que es correcto para luego seguir esos preceptos del deber “verdadero”. Lo que es bueno y malo está determinado por las sensaciones de placer y de dolor, asegura Hume. Por lo tanto, en el ámbito de los asuntos humanos, la razón no puede determinar y desencadenar una acción; en su lugar, las pasiones y las sensaciones de placer y dolor determinan el accionar humano. Hume no pretende desechar la razón en sí misma sino que intenta demostrar, primero, “que la razón no puede ser nunca motivo de una acción de la voluntad”; y, en segundo lugar, “que la razón no puede oponerse nunca a la pasión en lo concerniente a la dirección de la voluntad”.⁵

Si bien el término “razón” es amplio y a veces hasta confuso y ambiguo, podemos concluir que Hume entiende que se trata de una facultad que, o bien compara ideas, las cuales provienen de las impresiones, o bien realiza inferencias sobre cuestiones de hecho. En síntesis, más allá de las variadas acepciones que podamos encontrar, para Hume la razón es una facultad encargada del discernimiento de la verdad y la falsedad, que opera mediante razonamiento abstracto (lo que tiene que ver con relaciones de ideas) o por medio de razonamiento probable (cuando se trata de cuestiones de hecho).⁶ De este modo, en un texto breve pero denso denominado *Disertación sobre las pasiones*, arguye Hume:

Parece evidente que la razón, en un sentido estricto, significando el discernimiento de la verdad y la falsedad, no puede nunca por sí misma ser un motivo para la voluntad, y no puede tener influencia alguna sino en cuanto afecte a alguna pasión o afectación. *Las relaciones abstractas* de ideas son objeto de curiosidad, no de una volición. Y *las cuestiones de hecho*, como no son ni buenas ni malas, ni provocan

determinado conocimiento se genera ineludiblemente el sentimiento del deber. Según esta corriente, los defectos éticos son resultado de ignorancia o desconocimiento. Como máximo exponente encontramos a Samuel Clarke (1675-1729), filósofo y teólogo inglés que defendería argumentativamente a Newton en la conocida correspondencia con Leibniz. Una variable de intelectualismo es el naturalismo intelectualista, que contaba con Leibniz y Wolff como máximos exponentes. A pesar de sus diferencias, ambos postulaban una identidad entre la ley de la naturaleza y la ley moral. Esta doctrina afirmaba que como todo perfeccionamiento está ligado al placer, de ahí emerge la antigua identidad de lo moralmente bueno con la *eudemonía*. “La ley natural exige que el hombre haga todo aquello que sirve a su perfección”, pero a su vez, “el hombre debe saber lo que le aproxima verdaderamente a su perfección”. Así, la iluminación del entendimiento es la tarea moral más elevada a la que puede aspirar el humano.

⁵ THN, II, III, 3, SB 413/FD 614-615.

⁶ El autor señala que “El entendimiento se ejerce de dos formas diferentes: en cuanto que juzga por demostración, o por probabilidad; esto es, en cuanto que considera las relaciones abstractas de nuestras ideas, o aquellas otras relaciones de objetos de que sólo la experiencia nos proporciona información. [...] el razonamiento abstracto o demostrativo no influirá nunca en ninguna de nuestras acciones” (THN, *ibid.*, SB 414 / FD 615-616)

deseo ni aversión, son totalmente indiferentes y [...] no pueden ser consideradas como motivos para la acción.⁷

La razón, así entendida, no puede dar origen a la acción puesto que se requiere de un impulso basado en una percepción originaria, una impresión simple. Sólo una sensación original posibilitará la acción, ya se trate de una impresión sensorial como el dolor o placer corporal (impresiones simples de sensación), ya se trate de un deseo o una emoción, o de las pasiones (impresiones simples de reflexión). En todo caso, la razón sólo podrá influenciar a las pasiones modificándolas mediante ideas vivaces o guiando la conducta, pero el desencadenante último de la acción voluntaria será determinado por la inclinación del placer o el dolor, del deseo o la aversión, o por alguna pasión (amor, odio, alegría, tristeza, miedo, esperanza, orgullo, humildad).⁸ La pasión es uno de los elementos esenciales en el desencadenamiento de la acción, en la puesta en marcha de la voluntad.

A grandes rasgos, el encadenamiento entre pasiones y moral en los planteos de Hume resulta sencillo, pero no deja de tener cierta complejidad. El autor afirma que “La moralidad es, pues, más propiamente sentida que juzgada”.⁹ Son las pasiones las que determinan el accionar humano, son los sentimientos de placer o de aversión, de agrado o desagrado los que distinguen la virtud del vicio, lo bueno de lo malo, aquello elogiado de lo que es censurable. Hay que tener en cuenta que, puesto que la moralidad está basada en los principios de placer y de dolor, en las ventajas y desventajas producidas, “La esencia misma de la virtud consistirá, según esta hipótesis, en producir placer, y la del vicio, en ocasionar dolor”.¹⁰ Además, “Nuestra aprobación se halla implícita en el placer inmediato que nos proporcionan”¹¹ determinados caracteres agradables o desagradables, arguye Hume ya en el último libro del *Tratado*. Pasiones que determinan la acción y volición; pasiones que son fundamentales en la moralidad.

⁷ Hume, David, *Disertación sobre las pasiones* [en *Cuatro disertaciones*, 1757], Barcelona, Ed. Athropos, 1990, 139.

⁸ Lo que la tradición filosófica ha denominado como un predominio de la razón sobre la pasión o “fuerza del espíritu” (“*strength of mind*”) es, en realidad para Hume, el predominio de las pasiones apacibles por sobre las violentas, y en eso consiste la “fortaleza de ánimo”. Cf. Hume, David, THN, SB 418 / FD 621, donde el autor deja claro que cuando las pasiones están en calma, sin ocasionar desorden en el alma, se confunden con las determinaciones de la razón; de todos modos, la voluntad sólo es determinada por pasiones, sean apacibles o violentas. Aquí se puede percibir la influencia de Nicolas Malebranche puesto que su distinción entre *inclinations* y *passions* se relaciona, aunque de manera modificada, con la distinción que elabora Hume entre pasiones apacibles y pasiones violentas.

⁹ THN, III, I, 3, SB 470 / FD 691.

¹⁰ THN, II, I, 7, SB 296 / FD 470

¹¹ THN, III, I, 3, SB 471 / FD 693.

II. La doctrina de la necesidad y el rol de la voluntad

Hume adhiere de una manera tenaz y explícita, criticando las teorías que postulan un “libre albedrío” metafísico y moral, a la doctrina de la necesidad. Se puede percibir este planteo de Hume de un modo claro en la *Investigación sobre el entendimiento humano* (libro escrito en 1748 y publicado en 1751 junto con las *Investigaciones sobre los principios de la moral*). Allí, el autor realiza una especie de síntesis, con algunas modificaciones y agregados, de la primera parte del *Tratado* (con fines esclarecedores pero también, en parte, a raíz de su fracaso y escasa difusión). Precisamente en el *Tratado*, a la hora de abordar el problema de la necesidad y de la libertad, Hume expresa:

[...] las operaciones de los cuerpos externos son necesarias, ni en su movimiento, ni en su atracción y cohesión existe menor rastro de indiferencia o libertad. Todo objeto está determinado de un modo absoluto en cierto grado y dirección de movimiento [...]. Por tanto, las acciones de la materia tienen que ser consideradas como ejemplo de acciones necesarias.¹²

Si bien ya es un problema adjudicar a la materia el calificativo de “acciones necesarias”, para no adentrarnos en más conflictos, admitiremos que los movimientos de la materia son necesarios y de ninguna manera contingentes ni azarosos (“atomismo” y “mecanicismo asociativo” de Newton).

En la sección octava de la obra *Investigación sobre el entendimiento humano*, David Hume comienza haciendo alusión a ciertas cuestiones que tienen que ver con una disputa puramente verbal. El desacuerdo entre la doctrina de la necesidad y la de la libertad, según el autor, gira en torno a meras palabras. Hume adhiere explícitamente a esta doctrina de la necesidad que afirma que la materia es movida por una fuerza necesaria, que el grado y la dirección de todo movimiento están prescritos por leyes exactas de la naturaleza. Esto se puede afirmar porque si no hubiera dos sucesos semejantes, sino siempre uno totalmente nuevo, nunca habríamos alcanzado la idea de necesidad o de conexión entre esos dos objetos. Así, “nuestra idea de necesidad y de causa surge enteramente de la observable uniformidad de las operaciones de la naturaleza”.¹³ Y, además, el espíritu está determinado por la costumbre a inferir que un

¹² THN, II, III, 1, SB 399-400 / FD 598.

¹³ Hume, David, *Investigación sobre el entendimiento humano* [1748], VIII, Buenos Aires, Ed. Lozada, 1939, 127.

objeto se sigue de otro similar. Por lo tanto, habría una especie de uniformidad “objetiva” y, a la vez, la inferencia determinada por la costumbre, que sería “subjetiva”.

La peculiaridad sostenida por Hume es que, más allá de la mera disputa de palabras, “todos los hombres siempre han estado de acuerdo con la doctrina de la necesidad”.¹⁴ No sólo hay necesidad en lo que atañe a las operaciones de la naturaleza sino también en los asuntos humanos. Como reza el epígrafe al inicio del presente trabajo, extraído de la *Investigación sobre el entendimiento humano*, la uniformidad y la regularidad están presentes en las acciones de los hombres en todos los países y épocas.¹⁵ Por otra parte, la similitud entre el reino natural y el humano, ambos regidos en último término por principios necesarios, fue expresada por Hume previamente en el *Tratado*:

Debemos ciertamente admitir que la cohesión de las partes de la materia surge de principios naturales y necesarios, sea cual fuere la dificultad que podamos encontrar en explicarlos. Y por similar razón tendremos que admitir que la sociedad humana se basa en principios similares [...]; no sólo observamos que los hombres buscan *siempre* la compañía de los demás, sino que podemos también explicar los principios en que se basa esta inclinación universal.¹⁶

Hume se opone a los que afirman que la necesidad de la naturaleza es regular y cierta mientras que la conducta humana irregular e incierta, por lo cual la última no podría proceder de la primera. El escocés critica la división entre la naturaleza sostenida como el reino de la necesidad, regularidad y determinismo contra la mente humana como el reino de las ideas, el azar y la probabilidad. Hume asevera que la *unión* entre motivos y acciones tiene la misma constancia que en cualquier operación de la naturaleza. Tanto la conexión y producción de las acciones de la materia como las operaciones de la mente son necesarias y se desenvuelven con cierta regularidad. Tanto la evidencia *natural* como la evidencia *moral* son de la misma naturaleza y se derivan de los mismos principios. Principios que, basados en una observación empírica, donde tienen lugar la inferencia y la costumbre, cristalizan la unión constante, la necesidad y la regularidad.

¹⁴ Ibid. 128.

¹⁵ Cf. Ibid.

¹⁶ Hume, David, THN, II, III, 1, SB 401-402 / FD 600. Hallamos una clara alusión al principio de simpatía defendido por Hume. Este principio consiste en algo que es inherente a la naturaleza humana, puesto que el ser humano por naturaleza busca la compañía y la aprobación de los demás. Pero también es un principio regulador de la moralidad, de aquello que consideramos bueno o malo, correcto o incorrecto.

Ahora bien, la acción voluntaria acaece en medio de esta necesidad y regularidad. Como bien afirma Hume en el *Tratado*, “las acciones de la voluntad surgen de la necesidad”.¹⁷ Creemos experimentar que la voluntad no está sometida a nada, expresa Hume, pero todos los esfuerzos para demostrar que la voluntad es completamente libre son vanos.¹⁸ Más aún, la doctrina de la libertad y el azar no puede dar cuenta de la “responsabilidad” de las acciones intencionadas y premeditadas. “Solamente sobre la base de principios de necesidad adquiere una persona mérito o demérito por sus actos”.¹⁹ Es decir que, desde la perspectiva de Hume, la necesidad rige en los asuntos humanos; se presenta en medio del contexto histórico y social como también en la conjunción entre el carácter, los prejuicios, los motivos y las pasiones que desencadenan una acción voluntaria.

En el *Tratado de la naturaleza humana*, en el Libro II, titulado “De las pasiones”, Parte III, denominada “De la voluntad y las pasiones directas”, Hume expresa que la voluntad es un efecto inmediato producido por el dolor y el placer. Por *voluntad* se entiende “*la impresión interna, sentida y consciente, que surge cuando producimos a sabiendas un movimiento de nuestro cuerpo o una nueva percepción de nuestra mente*”.²⁰ En este mismo apartado, Hume hace referencia a la cuestión de la necesidad y la libertad a la que ya hemos aludido anteriormente. Las acciones de la materia son necesarias, y la unión constante y la inferencia de la mente nos proporcionan esa idea de “necesidad”. Y, del mismo modo en que la materia se relaciona de modo necesario mediante una necesidad regular y uniforme, asimismo, “Nuestras acciones tienen una unión constante con nuestros motivos, carácter y circunstancias”.²¹ Así, la voluntad es la que desencadena una nueva acción del cuerpo o de la mente, pero siempre está arraigada a un contexto histórico y social determinado, y emerge de los motivos, caracteres, prejuicios y, sobre todo, de las sensaciones de placer y de dolor que experimenta un ser humano.

En la *Investigación sobre el entendimiento humano*, en la sección octava ya mencionada, la cual trata el problema de la necesidad y de la libertad, se afirma que hay uniformidad en las acciones de los hombres a lo largo de la historia. En palabras del mismo Hume, “la humanidad es tan igual en todos los tiempos y lugares que la historia

¹⁷ Ibid. SB 405 / FD 604.

¹⁸ Cf. THN, II, III, 2, SB 408 / FD 608.

¹⁹ Ibid. SB 411 / FD 612). Según la doctrina de la *libertad* y el *azar* no podría haber sujetos criminales puesto que nunca habría pruebas válidas para juzgar a alguien como tal. Se puede dar razón de la criminalidad teniendo en cuenta que “las acciones convierten a una persona en criminal solamente en cuanto que prueban pasiones o principios criminales en la mente”. (THN, SB 412 / FD 613)

²⁰ THN, II, III, 1, SB 399 / FD 597. Las itálicas pertenecen al original.

²¹ Ibid. SB 401 / FD 599.

no nos informa nada nuevo o extraño”²², sino que nos posibilita conocer las fuentes regulares de la conducta y de la acción del ser humano. Más aún, si no hubiese uniformidad en las acciones humanas, no podría haber una observación general de la naturaleza humana y, por ende, no habría ciencia humana. En medio de esta explicación de la regularidad en los asuntos humanos, Hume acude al conocimiento de los médicos, los cuales “Sabén que el cuerpo humano es una máquina sobremanera complicada, que muchas fuerzas ocultas se esconden en él [...]”.²³ El filósofo inteligente debe, según Hume, aplicar los mismos razonamientos a las acciones y voliciones del ser humano. De este modo, incluso lo aparentemente más inesperado e inexplicable puede encontrar una explicación compleja apelando al estudio de la unión entre motivos, caracteres y prejuicios, todo determinado, a su vez, por la historia y el conjunto de los hombres asociados.

El problema es que, concibiendo al ser humano de este modo, se puede caer en una maquinización naturalizada que no permitiría establecer juicios de valor de los comportamientos morales del mismo. Sólo habría meros comportamientos, pero no comportamientos morales correctos o incorrectos, pasibles de aprobación o de censura. Sin embargo, la voluntad no está determinada de una manera coercitiva absoluta. En palabras del filósofo empirista: “Nada está sometido a mayor fluctuación ni inconstancia, como puede apreciarse en multitud de ocasiones, que la voluntad del hombre”.²⁴ Y un poco más adelante expresa que “Las pasiones no se ven únicamente afectadas por sucesos seguros e infalibles, sino también, en inferior medida, por lo posible y contingente”.²⁵ Si pudiésemos conocer en detalle absolutamente todos los caracteres, motivos, pensamientos y pasiones que desencadenan una acción, en medio de un contexto histórico social determinado, encontraríamos que la necesidad está presente, operando en todo el encadenamiento complejo que lleva a la acción final. De todos modos, siempre hay fluctuaciones, sucesos que percibimos como contingentes y variaciones en las pasiones, que no permiten ver con claridad la necesidad. Aun así, para Hume la necesidad se halla presente tanto en el mundo físico como en el humano. La necesidad no anula la voluntad sino que, de modo contrario, la posibilita ya que, si todo fuese azaroso y arbitrario no habría una voluntad que responda a ciertos principios y motivos.

²² Hume, David, *Investigación sobre el entendimiento humano*, 128.

²³ *Ibid.* 133.

²⁴ THN, II, I, 10, SB 313 / FD 490.

²⁵ *Ibid.*

III. Consideraciones finales. La conjugación entre necesidad, voluntad y moralidad

Para finalizar, hay destacar nuevamente que las pasiones son los desencadenantes últimos y más importantes de las voliciones humanas. Estas pasiones y voliciones están condicionadas por aspectos de índole general como el entorno social, el tiempo histórico, la condición económica, las costumbres; y, a su vez, por aspectos que conciernen al individuo mismo, tales como el carácter, los prejuicios y los motivos que atraviesan el terreno de las pasiones y acciones humanas. Las pasiones se relacionan con la moralidad puesto que esta última tiene que ver más con las sensaciones que con los juicios de la razón. Placer y dolor determinan aquello que es aprobado y aquello que es censurado. Y lo que modera lo que es correcto o incorrecto es el principio de simpatía²⁶ o el carácter humanitario, como lo denomina en la *Investigación sobre los principios de la moral*.

Ahora bien, si la necesidad se concibiera como una determinación absoluta, no se podría sostener un terreno de la moral en el cual las pasiones son fundamentales y no habría una voluntad como puntapié para la acción. Y, además, no se podría considerar esta acción como aprobada o censurable según cause placer o dolor y según el principio de la simpatía. Así, debemos entender que los planteos morales de Hume están adheridos a la doctrina de la necesidad pero ésta no implica total constreñimiento.

Por otra parte, para Hume el libre albedrío y el azar son meras palabras. No puede haber un completo libre albedrío como tampoco puro azar. Nada existe sin una causa de su existencia; el azar es sólo una palabra negativa que no denota fuerza real alguna. La libertad, opuesta a la necesidad y no a la restricción, es lo mismo que el azar, que no existe.²⁷ Por ende, Hume sostiene una libertad de la voluntad que se opone a la restricción absoluta, pero que es compatible con la necesidad. No hay libre albedrío; hay libertad, pero siempre está condicionada por la historia, la sociedad, y, en el individuo, por sus caracteres, motivos, prejuicios y, sobre todo, las pasiones que desencadenan la acción. Se trata de una libertad que, si bien no está totalmente determinada, lo cual sería una contradicción, está condicionada por diversos aspectos. Como expresa Hume: “Por libertad sólo podemos significar, pues, *un poder de actuar o de no actuar de acuerdo a las determinaciones de la voluntad*”.²⁸ Pero esa determinación de la voluntad de acción está anexada a la necesidad. De manera tal que

²⁶ La simpatía posibilita la transición de la obligación natural a la moral, es decir, del sentimiento natural de benevolencia a la obligación moral de justicia.

²⁷ Cf. Hume, David, *Investigación*, 141-143.

²⁸ *Ibid.* 141.

la voluntad se ejerce en medio de la necesidad, lo cual no implica, repetimos, restricción absoluta.

Al no haber coerción ni restricción, sino sólo necesidad, el terreno de la moral permanece abierto. Es más, como expresa el escocés en su investigación sobre la moral, el análisis de la moral es inevitable puesto que “no hay nadie cuya conducta o carácter no sea objeto de aprobación o censura de parte de todos”.²⁹ Pero no se trata de juzgar lo que es aprobado o censurado sino que, como se vincula con el sentir más que con la razón, se siente placer o dolor y, de acuerdo a estos principios, se siente la aprobación y la censura, se considera lo correcto y lo incorrecto. A su vez, no hay voluntad absolutamente libre, no hay libre albedrío, puesto que, al ser todo arbitrario, ello no nos permitiría, según Hume, distinguir una acción buena de una mala de acuerdo a un carácter bueno o malo que se hace presente en la mente humana. Hay necesidad en el reino natural y en el de los asuntos humanos, más no por ello se anula el terreno de la moral.

Bibliografía:

Atkinson, R. F. (1961): “Hume on ‘Is’ and ‘Ought’: a Reply to Mr. MacIntyre”, en *The Philosophical Review*, Vol. 70, N°2.

Hume, David (1939) *Investigación sobre el entendimiento humano*. [1748]. Buenos Aires, Ed. Lozada.

——— (1945): *Investigación sobre la moral* [1751], Buenos Aires, Ed. Lozada, (Traducción de Juan Adolfo Vázquez)

——— (1984): *Tratado de la naturaleza humana* [1739-40], Madrid, Ed. Orbis, (Traducción, introducción y notas de Félix Duque).

MacIntyre, A. C. (1959): “Hume on ‘Is’ and ‘Ought’”, en *The Philosophical Review*, Vol. 68, N°4.

Smith, Norman Kemp (1941): *The philosophy of David Hume. A critical study of its origins and central doctrines*. Macmillan and co, Londres.

²⁹ Hume, David, *Investigación sobre la moral*, Buenos Aires, Ed. Lozada, 1945, 140.